





CAPÍTULO I

La infección aparece por la noche en forma de fiebre. Presta atención a las venas en caso de enfermar, a esos afluentes de sangre que bajan por los brazos. Si permanecen como de costumbre, no tienes nada que temer. Si la sangre se oscurece hasta volverse negra como la tinta, indica que la infección ha arraigado.

La infección aparece por la noche en forma de fiebre.

Tenía nueve años la primera vez que los médicos vinieron a casa.

Mi tío y sus hombres no estaban. Mi prima Ione¹ y sus hermanos jugaban a gritos en la cocina, por lo que mi tía no oyó los golpes en la puerta hasta que el primer hombre vestido de blanco ya se hallaba en el salón. No tuvo tiempo de esconderme. Yo dormía profundamente, como un gato en la ventana. Cuando vino a despertarme, su voz estaba cargada de miedo.

—Ve al bosque —susurró, mientras abría la ventana y me empujaba suavemente hacia fuera.

No caí sobre la cálida hierba de verano. Mi cabeza golpeó una piedra y parpadeé, sintiendo náuseas que creaban formas oscuras en mi visión, con el cráneo envuelto en un calor rojo y pegajoso.

Los oí moverse dentro de casa, sus pasos cargados de siniestras

¹ N. del E.: Nombre de una variedad de orquídea.

intenciones.

«Levántate», me increpó la voz de mi mente. «Levántate, Elspeth».

Me incorporé con dificultad, desesperada por llegar a la línea de árboles que había más allá del jardín. La niebla me envolvía y, aunque no tenía mi amuleto en el bolsillo, corrí hacia ellos.

Pero el dolor de cabeza era demasiado intenso.

Caí una vez más, la sangre se deslizaba por mi cuello.

«Me van a atrapar», me lamenté, con la mente aturdida por el miedo. «Me van a matar».

«Nadie va a hacerte daño, niña», gruñó entonces él. «¡Levántate ya!».

Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas. Pero el malestar de mi mente era demasiado fuerte, y después de dar cinco pasos desesperados, con la linde del bosque tan cerca que podía olerlo, caí al suelo frío y me desmayé.

Ahora sé que lo que sucedió a continuación no fue un sueño. No podía serlo. La gente no sueña cuando se desmaya. No lo soñé. Pero no sé de qué otra manera llamarlo.

En ese sueño, la niebla se filtraba dentro de mí, densa y oscura. Me hallaba en el jardín de mi tía, igual que hacía un momento. Podía ver y oír, sentir el aire, percibir la tierra bajo mi cabeza..., pero estaba paralizada, incapaz de moverme.

—Socorro —grité con voz débil—. Que alguien me ayude.

En mi mente resonaban pasos, pesados y urgentes. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Hice una mueca para tratar de aclarar mi borrosa visión, pero fue en vano: como si hubiera intentado ver debajo del agua del mar.

Un dolor agudo y encendido me desgarró los brazos, mis venas de repente negras como la tinta.

Grité. Grité hasta que el mundo a mi alrededor desapareció, hasta que mi vista formó un túnel y todo se oscureció.

Desperté bajo un aliso, resguardada por la niebla y el intenso

verdor del bosque. El dolor en mis venas había cesado. De alguna manera, con una brecha en la cabeza, había logrado llegar al linde del bosque. Había escapado de los médicos.

Iba a sobrevivir.

Inspiré profundamente y solté un sollozo de felicidad, mientras mi mente seguía luchando contra la oleada de pánico que amenazaba con dominarme.

No fue hasta que me incorporé que sentí dolor en las manos. Miré hacia abajo. Tenía las palmas arañadas y hechas un desastre, y los dedos empapados de sangre en la zona donde se me habían roto las uñas, que ahora se hallaban incrustadas en la tierra. A mi alrededor, el suelo estaba revuelto, con la hierba esparcida. Algo, o alguien, lo había aplastado.

Algo, o alguien, me había ayudado a arrastrarme hasta un lugar seguro a través de la niebla.

Nunca me dijo cómo había movido mi cuerpo, cómo había logrado salvarme aquel día. Sigue siendo uno de sus muchos secretos, esos que no se revelan, que yacen plácidamente en la oscuridad que custodiamos.

Aun así, fue la primera vez que dejé de temer a la Pesadilla: a la voz en mi cabeza, a la criatura de extraños ojos amarillos y de palabras inquietantes y suaves. Once años después, ya no le tengo miedo en absoluto.

Aunque debería.

Esa mañana recorrí el camino del bosque para encontrarme con Ione en el pueblo.

Nubes grises encapotaban el cielo y oscurecían el resbaladizo sendero, cubierto de un espeso musgo. El bosque conservaba su humedad, pesada y pegajosa, desafiando el inevitable cambio de estación. Solo algún cornejo ocasional se destacaba en medio del verde esmeralda, con sus tonos rojizos y anaranjados brillando con orgullo

entre la niebla.

Unos pájaros que revoloteaban bajo un arrayán, asustados por mi torpeza al caminar, salieron volando precipitadamente; la niebla era tan espesa que sus alas parecían agitarla. Me cubrí la frente con la capucha y silbé una melodía. Era una de sus canciones, una de las muchas que tarareaba en los oscuros rincones de mi mente. Antigua, melancólica, suave en el silencio. Sonaba agradable en mis oídos y, cuando las últimas notas se me escaparon de los labios hasta resonar en el sendero, lamenté que se desvanecieran.

Examiné el interior de mi mente, notando la oscuridad. Como no hubo respuesta alguna, continué mi camino.

Al advertir que mi ruta era paulatinamente más fangosa, me adentré en el bosque y me entretuve con un zarzal lleno de bayas negras y jugosas. Antes de comérmelas, saqué del bolsillo mi amuleto, una pata de cuervo, y lo retorcí, mientras la niebla que permanecía al borde del camino se aferraba a mí.

Unas hormigas quedaron atrapadas en el jugo pegajoso que se escapaba de entre mis dedos. Las aparté de un manotazo, aunque ingerí sin querer algunas, que me dejaron un desagradable sabor ácido. Me limpié los dedos en el vestido, cuya lana oscura era tan negra que absorbió completamente las manchas.

Ione me esperaba al final del sendero, más allá de los árboles. Nos abrazamos y luego tomó mi brazo, escrutándome el rostro bajo la sombra de la capucha.

—No te has desviado del camino, ¿verdad, Bess?

—Solo por un momento —respondí, mirando hacia las calles que se extendían ante nosotras.

Nos encontrábamos en la frontera de Dislate, cuya red de calles adoquinadas y tiendas me daba más miedo que cualquier bosque oscuro. El bullicio de la gente, la algarabía de personas y animales, retumbaban con fuerza en mis oídos después de tantas semanas en casa, apartada dentro el bosque. Delante de nosotras, un carruaje pasaba a toda prisa, con el sonido de los cascocs chocando contra las

viejas piedras de la calle. Un hombre que se hallaba tres pisos más arriba tiró agua sucia por la ventana, parte de la cual roció el dobladillo de mi vestido negro. Los niños lloraban. Las mujeres gritaban y se preocupaban. Los comerciantes voceaban sus mercancías y, en algún lugar, una campana repicaba: el pregonero de Dislate informaba de la detención de tres salteadores de caminos.

Respiré hondo y seguí a Ione calle arriba. Ralentizamos el paso para asomarnos a los puestos de los comerciantes y pasar los dedos por las telas nuevas que habían dejado expuestas fuera de los escaparates. Ione pagó un penique por un fajo de cintas rosas y sonrió al dependiente, lo que mostró el pequeño hueco que tenía entre los dos dientes de delante. Su mirada me reconfortó. Sentía un gran afecto por Ione, mi prima, con ese pelo amarillo suyo.

Éramos muy diferentes, mi prima y yo. Ella era sincera, real. Sus emociones se le reflejaban en el rostro, mientras que las mías se ocultaban tras un aplomo cuidadosamente practicado. Ella estaba viva en todos los sentidos, proclamaba en voz alta sus deseos, sus miedos y cualquier otra cosa, como si lanzara un hechizo de gratitud. Hacía todo con una facilidad que atraía a la gente y a los animales. Incluso los árboles parecían mecerse al compás de sus pasos. Todo el mundo la quería. Y ella les correspondía. Aun en detrimento propio.

Ione no fingía. Simplemente, era ella misma.

La envidiaba por eso. Yo era un animal asustadizo, rara vez tranquilo. Necesitaba a Ione, su escudo de calidez y tranquilidad, sobre todo en momentos como aquel, el día de mi onomástica, cuando visitaba la casa de mi padre.

A lo lejos, en lo más recóndito de mi mente, resonó el chasquido de unos dientes moviéndose con lentitud. Apreté mis propios dientes y puños, pero en vano, pues era imposible controlar sus idas y venidas. De repente, un chico me empujó al pasar y su mirada se posó demasiado tiempo sobre mi cara. Le dediqué una falsa sonrisa y me di la vuelta, pasándome la mano por los músculos tensos de la frente

hasta que sentí que mi expresión se quedaba en blanco. Era un truco que había perfeccionado durante años ante el espejo: moldear mi rostro como si fuera arcilla hasta que adquiriera el aspecto tranquilo y recatado de alguien que no tenía nada que ocultar.

Lo noté mirando a Ione a través de mis ojos. Cuando habló, su voz era suave y empalagosa.

«Chica amarilla, suave y limpia. Chica amarilla, sencilla e invisible. Chica amarilla, pasada por alto. Chica amarilla, no serás reina».

«Cállate», le ordené, dándole la espalda a mi prima.

Ione no sabía lo que la infección me había hecho. Al menos, no en toda su magnitud. Nadie lo sabía. Ni siquiera mi tía Ópalo, quien me había acogido cuando deliraba de fiebre. Por las noches, cuando la fiebre me consumía, ella cubría la puerta con lana y cerraba las ventanas para que no despertara a los demás niños con mis gritos. Me daba cerveza para dormir y me aplicaba cataplasmas en las venas. Me leía los libros que una vez compartió con mi madre. Me quería, a pesar de lo que significaba tener a una niña que había contraído la fiebre.

Cuando finalmente salí de mi habitación, mi tío y mis primos me observaron atentamente, buscando cualquier indicio de magia, cualquier cosa que pudiera delatarme. Pero mi tía se mantuvo firme. Es cierto que había contraído la fiebre que todos temían en Dislate, pero ahí terminaba la cosa: la infección no me había otorgado poderes mágicos. Ni los Espino ni la nueva familia de mi padre serían considerados culpables por protegerme mientras mantuviera en secreto mi infección.

Y, así, conservaría la vida.

Esta es la manera en la que se cuentan las mejores mentiras: con la verdad justa para convencer. Durante un tiempo, incluso llegué a creerme yo misma la mentira de que no poseía magia alguna. Al fin y al cabo, no mostraba ninguno de los síntomas mágicos evidentes que a menudo acompañaban a la infección: ni nuevas habilidades ni sensaciones extrañas. Crecí envuelta en esa ilusión, creyendo ser la

única niña que había sobrevivido a la infección sin manifestar poderes mágicos.

Pero esa era una época que intentaba no recordar, una época de inocencia, antes de las Cartas de la Providencia.

Antes de la Pesadilla.

Su voz se desvaneció en la nada, su presencia silenciosa se deslizó nuevamente hacia la oscuridad. Mi mente volvía a ser mía y el bullicio de la ciudad resonaba otra vez en mis oídos mientras seguía a Ione a través de las tiendas hasta llegar a la calle del Mercado. Al doblar la siguiente esquina, un grito agudo nos recibió. Enderecé el cuello y Ione se acercó a mí.

—Corceles —dijo.

—O tal vez Orithe Sauce y sus médicos —respondí, acelerando el paso, mientras escudriñaba la calle en busca de túnicas blancas.

Se oyó otro grito, cuyas estridentes notas lograron que se me erizara el vello de la nuca. Giré la cabeza hacia la concurrida plaza de adoquines, pero Ione me tiró del brazo. Antes de doblar otra esquina, alcancé a ver a una mujer con la boca abierta en un gemido mudo, la manga de su capa retirada para revelar unas venas oscuras como la tinta.

Un instante después, desapareció tras cuatro hombres con capas negras: los corceles, los soldados de élite del rey. Los gritos nos seguían mientras apresurábamos el paso por las tortuosas calles de Dislate. Cuando llegamos ante la cancela de la Casa del Huso, Ione y yo estábamos sin aliento.

La propiedad de mi padre era la más alta de la calle. Permanecí frente a la reja, con los gritos aún resonando en mi mente. Ione, las mejillas sonrosadas por la empinada cuesta, sonrió al guardia.

La gran cancela de madera se abrió, revelando un amplio patio de ladrillos. Entramos, con Ione a la cabeza. En el centro del patio, rodeado de un sinnúmero de losas de piedra marés, crecía una antigua husera, plantada por el abuelo de mi abuelo. A diferencia de nuestro emblema familiar, una husera carmesí, el árbol del patio aún

conservaba su intenso color verde, con sus estrechas ramas cargadas de hojas cerosas. Extendí la mano para tocar una de ellas, teniendo cuidado con la delicada forma dentada de su borde. No era un árbol alto y majestuoso, pero sí muy antiguo y noble.

Junto a la husera, se encontraba un carpe blanco, aún pequeño y sin madurar.

En el lado norte del patio estaban los establos, y al sur, la armería. No nos aventuramos en ninguno de los dos, sino que seguimos recto. Al llegar a los escalones de piedra de la entrada de la casa, respiré hondo y volví a adoptar mi expresión ensayada, llamando tres veces a la gran puerta de roble.

El mayordomo de mi padre nos dio la bienvenida.

—Buenas tardes —dijo Balian, entrecerrando sus ojos castaños al encontrarse con los míos. Al igual que los demás sirvientes de la casa de mi padre, había aprendido hace tiempo a desconfiar de la hija mayor de los Huso.

Había pasado un año desde mi última visita. Aun así, los tonos apagados de la casa me resultaban familiares, los tapices y las alfombras no habían cambiado. Balian encendió una vela, e Ione y yo le seguimos hasta la oscura escalera de cerezo con su larga y sinuosa barandilla. No dejé traslucir cuánto me gustaba deslizarme por esa barandilla cuando era niña, ni cómo la casa había permanecido inalterada desde entonces.

No quería dejar traslucir nada.

Balian abrió la puerta redonda del salón. Antes de notar su calor, pude oler la chimenea, el rico aroma del cedro cosquilleándome en la nariz. En el interior, mi madrastra, Nerium, y mis hermanastras, las gemelas Nya y Dimia², se levantaron de sus acolchadas sillas.

Las gemelas tuvieron la cortesía de sonreír, esculpiendo idénticos hoyuelos en sus redondeadas mejillas. Podía ver a mi padre en sus rostros, sobre todo porque su madre, Nerium, no tenía una

² N. del E.: Nombre inglés para un tipo de chinches de las plantas.

expresión propensa a la sonrisa fácil. Mi madrastra bajó la mirada para observarme, arrugando su delicada nariz mientras enroscaba las puntas de su melena blanca, que le llegaba hasta la cintura, con sus dedos delgados y nudosos.

Tenía el aspecto de un hermoso buitre, posado en su silla favorita. Volvió a sentarse, escudriñándome con sus agudos ojos azules como si sospesara si yo era lo suficiente digna para devorarme.

Ione entró primero en la habitación y me apartó del campo de visión de Nerium.

Abracé a Nya y Dimia, quienes tuvieron cuidado de no apretar demasiado sus cuerpos contra el mío. Cuando Balian cerró la puerta, Ione y yo nos sentamos en las sillas ricamente tapizadas que había cerca del fuego, siendo la mía la más próxima al hogar.

Era todo tan rutinario que parecía ensayado.

En la mesita junto a mi silla había un jarrón con lirios de un violeta intenso. Pasé los dedos por los pétalos, con cuidado de no dañarlos. Siempre había lirios en el salón.

—Vaya flor tan deslucida —comentó Nerium, que me miraba atentamente, con los ojos entornados—. No entiendo qué ve tu padre en ellas.

Sentí un nudo en el estómago. Como la mayoría de las cosas que decía Nerium, sus palabras suaves y cuidadosamente elegidas ocultaban una malicia latente. Mi padre tenía lirios en casa por una simple razón.

Iris³ había sido el nombre de mi madre.

—Yo creo que son preciosas —intervino Ione, sonriéndome y lanzando una mirada envenenada a mi madrastra.

Dimia, que solía reírse cuando no tenía ni idea de lo que estaba pasando, dejó escapar una risita nerviosa.

—Tienes buen aspecto —dijo, acercándose a Ione—. ¿Es un vestido nuevo?

³ N. del T.: el nombre latino e inglés de los lirios comunes es iris.

Al otro lado de la chimenea, sentí los ojos de Nya clavados en mí, como si yo fuera un libro al que le habían prohibido leer. Cuando desafié su mirada, la apartó con una expresión de cautela.

Mis hermanastras no me querían. O, si lo hacían, claramente les faltaba práctica. De trece años de edad, nacidas siete años después que yo, Dimia y Nya eran idénticas casi en todo, apenas distinguibles salvo por la pálida marca de nacimiento debajo de la oreja izquierda de Nya. Me habían observado toda la vida, con idénticas expresiones de prudente curiosidad, reservándose el cariño la una a la otra.

Intercambié palabras vacías con Dimia; el calor del fuego apenas me alcanzaba. Me contó que las habían invitado a celebrar el Equinoccio en Piedra, el castillo del rey.

—Me encanta el Equinoccio —exclamó, alzando más la voz que su madre o su hermana. Agarró entonces una galleta de mantequilla de la mesita, sus soñadores ojos azules le brillaban. Al hablar, le caían migas de los labios—. ¡La música, el baile, los juegos!

—No todos los juegos son agradables —terció Nya, mientras limpiaba una de las migas de la comisura del labio de su gemela—. ¿Os acordáis de lo que sucedió el año pasado?

Nerium respiró ruidosamente. Ione frunció el ceño. Dimia jugó con el dobladillo de su manga.

Me quedé mirando al vacío. Yo no me acordaba, porque no había asistido.

—Al Gran Príncipe Hauth le gustan los juegos de la verdad con su Carta del Cáliz —explicó Nerium sin molestarse en mirarme—. Se produjo una pelea entre él y uno de los otros corceles, creo que fue Jéspir Tejo. Aunque no entiendo por qué el rey tiene a una mujer a su servicio.

«Viene tu padre».

Di un salto tan brusco que la voz de la Pesadilla se deslizó desde la oscuridad, moviéndose directamente hacia detrás mis ojos con premura.

«¿No lo ves?».

Permanecí completamente inmóvil, apretando los párpados. Allí, en la oscuridad que cada vez se volvía más brillante, vi una luz azul: una Carta de la Providencia, la Carta del Pozo. Parecía un faro de zafiro flotando sobre el suelo, sin duda guardada en el bolsillo de mi padre. Como otras Cartas de la Providencia, la del Pozo tenía el tamaño de una carta común, no más grande que mi puño cerrado. Un terciopelo antiguo orlaba sus bordes.

Era el terciopelo el que emitía la luz, una luz que solo yo podía ver. O mejor dicho, una luz que solo la criatura de mi mente podía ver.

La Carta de la Providencia era el legado de mi madre y tenía un valor equivalente a toda la Casa del Huso en oro. Era una de las doce cartas que conformaban la Baraja. En nuestro texto ancestral, *El viejo libro de los alisos*, se describen las Cartas de la Providencia no solo como los mayores tesoros de Dislate, sino también como la única forma legal de hacer magia. Cualquiera podía usarlas: únicamente era menester voluntad... y tocarlas. Para obtener su magia, bastaba con sostener una carta en la mano, darle tres golpecitos y el naipe quedaba a tu servicio. La magia seguiría existiendo aunque guardaras la carta a buen recaudo o la colocaras en otro lugar. Tres golpecitos más, o el toque de otra persona, y el flujo de la magia se detendría.

Sin embargo, usar una carta durante demasiado tiempo tenía consecuencias nefastas. Las Cartas de la Providencia eran excepcionalmente raras y su número era finito. Cuando era niña, solo se me había permitido verlas de lejos.

Y únicamente había tocado una en toda mi vida.

Recordé la sensación del terciopelo haciendo cosquillas en mi memoria y me estremecí.

La luz azul de la Carta del Pozo de mi padre se hizo más intensa y, cuando la puerta se abrió, se extendió a lo largo del salón, brillando como un faro en el bolsillo del pecho del jubón de mi padre.

Erik Huso, el maestro de una de las casas más antiguas de Disla-

te, era alto, severo y temible. Lo más grave de todo era que una vez fue capitán de los hombres encargados de cazar a los portadores de magia, gente como yo.

Corcel hasta los huesos.

Para mí, empero, era más que un soldado. Era mi padre. Como los Huso que le habían precedido, era un hombre de pocas palabras. Sin embargo, cuando decidía hablar, su voz era profunda y afilada, igual que las piedras dentadas que permanecen en la sombra bajo un puente levadizo. Su cabello estaba teñido de plata y lo llevaba recogido en una tira de cuero alrededor del cuello. Como la de Nerium, su mandíbula no tendía a sonreír. Pero, cuando me vio, las afiladas comisuras de sus ojos azules se suavizaron.

—Elsbeth —murmuró, retirando la mano de detrás de su espalda. Allí, tan delicado que dolía en su calloso puño, había un ramo de flores silvestres, de milenrama—. Feliz onomástica.

Sentí que algo se revolvía dentro de mi pecho. Incluso después de todos estos años, de la muerte de mi madre, de mi infección, siempre me regalaba milenrama el día de mi santo. «La más bella de todas las milenramas», así me llamaba de niña.

Me levanté del banco y me acerqué a él, con la luz azul de su bolsillo mirándome. Cuando me entregó la milenrama, el olor del bosque me inundó la nariz. Debía de haberla recogido esa mañana. Traté de no mirarle a los ojos demasiado tiempo. Sabía que solo conseguiría que ambos nos sintiéramos incómodos.

—Gracias.

—Íbamos a encontrarnos contigo en el comedor —le dijo mi madrastra a mi padre, una nota de reproche en la voz—. ¿Pasa algo?

La expresión de mi padre no delataba nada.

—He venido a saludar a mi propia hija en mi propia casa, Nerium. ¿Te parece bien?

Nerium apretó los dientes. Ione se tapó la boca para ocultar una risita.

Casi sonreí al escuchar a mi padre defenderme, algo que me ha-

cía sentir mejor de lo que debería. En todo caso, más fuerte que las ganas de esbozar una sonrisa era ese dolor sordo y antiguo que se anudaba en lo más profundo de mi pecho, y que me recordaba la verdad, continuamente presente, entre nosotros: que no siempre me había defendido. En ese momento, Balian asomó su calva cabeza en el salón.

—La cena está lista, mi señor. Pato asado.

Mi padre asintió.

—¿Vamos al comedor?

Mis hermanastras abandonaron el salón, seguidas por mi padre. Ione fue la siguiente, y yo fui tras ellos.

En la puerta, Nerium me atrapó y me clavó sus delgados dedos en el brazo.

—Tu padre desea que asistas al Equinoccio con nosotros este año —murmuró, pronunciando las eses con un siseo—. Cosa que, por supuesto, no harás.

Miré la mano con la que me apretaba el brazo.

—¿Por qué «por supuesto», Nerium?

Sus ojos azules se entrecerraron.

—La última vez que asististe, si mal no recuerdo, hiciste el ridículo con ese chico, cuya madre, te hago saber, vino a visitarte más de una vez, esperando conocerte.

Hice una mueca. Casi me había olvidado de Alyx⁴. Habían pasado años.

—Podrías haberle dicho dónde vivía realmente.

—¿Y que la gente se pregunte por qué te echó tu padre? —las arrugas alrededor de sus labios se hicieron más profundas—. Tenemos un grato acuerdo, Elspeth. Te mantienes alejada de la corte, callada y fuera de la vista, y tu padre paga a los Espino (generosamente, debo añadir) para que te guarden.

Me guardan. Como si fuera un caballo en el establo de mi tío. Me

⁴ N. del E.: Nombre inspirado en el género de arbustos trepadores Alyxia.

desasí de su mano. Cualquier apetito que tuviera se había esfumado. Miré por encima del hombro de mi madrastra buscando a Ione, pero ya se había ido al comedor.

—De repente no me apetece comer pato —espeté entre dientes. Me alejé de mi madrastra dando un portazo al salir—. Estoy segura de que podrás poner una excusa por mí.

Prácticamente pude oír la sonrisa en la voz suave y malvada de Nerium.

—Siempre lo hago.

Mantuve la compostura hasta que salí de la Casa del Huso. Solo cuando las grandes puertas se cerraron tras de mí, rompí a llorar. Con la cabeza gacha y los ojos ardiendo por las lágrimas, caminé a paso raudo hasta la vieja iglesia, ubicada en la cúspide de la ciudad, permitiéndome recuperar el aliento únicamente cuando me hallé completamente sola en las calles vacías.

Caí de rodillas y tosí con fuerza, con la rabia y el dolor golpeándome el pecho en una sonora discordia. La Pesadilla se retorció en la oscuridad, como un lobo pisoteando la hierba antes de echarse sobre ella.

«Lástima que tengamos que irnos», dijo. «Estaba disfrutando tanto de la animada conversación con la querida Nerium...».

Seguí caminando, pateando una piedra con la punta de la bota, hasta que se perdió en la hierba alta que crecía a lo largo del camino y el río.

«Pronto volverás a verla».

«¿Y te irás corriendo con el rabo entre las piernas de nuevo?».

—¿Quieres que me quede después de lo que me ha dicho? —le respondí.

«Sí. Porque correr, querida, es exactamente lo que ella quiere que hagas».

—Así es más fácil evitarlos —respiré hondo—. Corriendo. Está en mi naturaleza. Además —añadí, con la voz hueca—, mi padre no me habría abandonado hace once años si de verdad deseara mi

compañía. Tú ya lo sabes, ¿por qué te molestas en burlarte de mí?

Su risa goteaba como agua por las paredes de una caverna, resonando y luego desvaneciéndose en un silencio cóncavo.

«Porque esa, querida, es MI naturaleza».

Me senté junto al río, deleitándome con el suave sonido del agua. Recogí milenrama, arrancando uno a uno los diminutos pétalos amarillos. Compré una manzana y un trozo de queso a un vendedor ambulante y me quedé allí hasta que la luz que difuminaba la niebla se ocultó en el cielo. Aunque tenía la minúscula esperanza de que Ione saliera temprano de casa de mi padre para seguirme y recorrer juntas el camino del bosque, la campana sonó siete veces y ella no apareció.

Me recogí el pelo en una gruesa trenza, me quité la suciedad del vestido y eché un último vistazo al camino que conducía hacia el pueblo antes de meter la pata del cuervo en el bolsillo y adentrarme en el bosque.

